

La vela perpetua

JOSÉ ANTONIO GURREA

Minerva tenía ya casi dos semanas encamada en la gris y promiscua habitación colectiva de un hospital público. Un agresivo cáncer de mama detectado a destiempo había invadido gran parte del organismo. Los médicos estaban a punto de rendirse. El desenlace fatal parecía próximo. Afuera del sanatorio, Pepe Cruz, su marido, fumaba cigarro tras cigarro. Sentimientos encontrados lo invadían. Por un lado, experimentaba tristeza y nostalgia. Primero, porque se trataba de la mujer con la que había vivido más de 25 años y procreado cuatro hijos. Segundo, porque con el inevitable deceso de Minerva tomaba conciencia de que su propio final se encontraba cada vez más cerca.

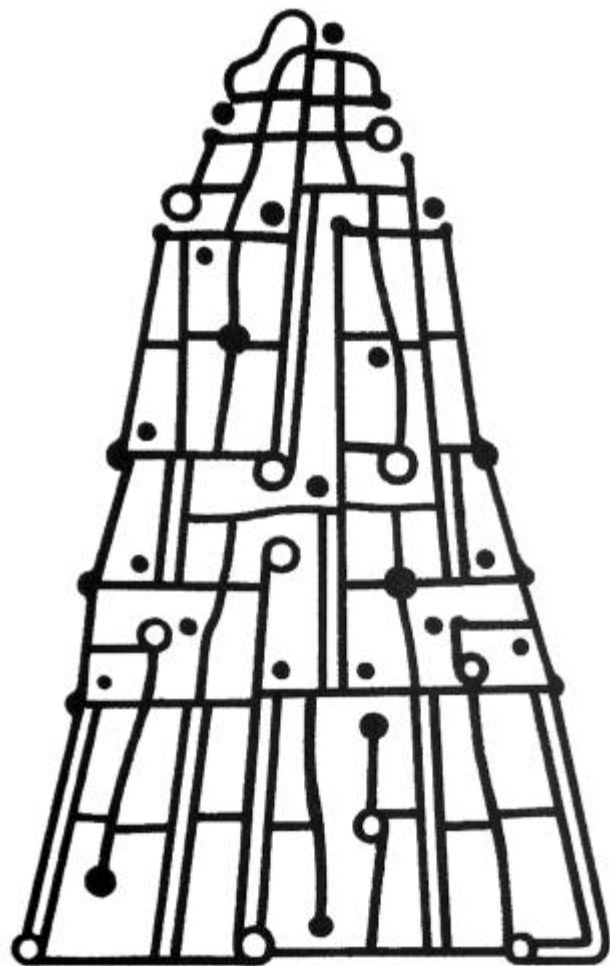
Sin embargo, por otra parte, sentía una especie de alivio. Hacía ya muchos años que el rencor y el odio le habían ganado la partida al amor. No se trataba sólo del desgaste natural que sufre una pareja. Abundaban las afrentas que se encontraban profundamente marcadas en la psique de Pepe. Cuando no lo insultaba o desmentía en público, hablaba mal de él con familiares, amigos o conocidos de ambos. Ésa había sido la constante en los últimos 15 años. No obstante, el infierno particular de Cruz tenía más rostros. Extremadamente mojigata, Minerva crió a sus hijos "en el temor a Dios y la aversión al pecado, sobre todo el de la carne". En esa

especie de cruzada fundamentalista la mujer prohibió el tabaco y el alcohol en casa e hizo del sexo algo esporádico. Entre citas bíblicas, Minerva pretextaba que "el ayuntamiento carnal" tenía como fin único la procreación. Sin embargo, a regañadientes, a veces cedía a los deseos de Pepe. Éste frecuentemente se arrepentía, pues en pleno acto sexual, su mujer, en ocasiones, comenzaba una letanía: "¡Sagrado Corazón de Jesús, perdona mis graves pecados... Sagrado Corazón de Jesús, límpiame de alma y cuerpo...!", chillaba la casi cincuentona a cada arremetida de su marido.

Aunque Minerva siempre había sido extremadamente católica, y no tuvo relaciones sexuales con Pepe sino hasta después del matrimonio religioso, también era cierto que con los años se había radicalizado. Hubo un tiempo que la mujer no sólo disfrutaba del sexo, también asistía a la iglesia sólo los domingos. Sin embargo, desde la trágica muerte de sus padres en el famoso incendio del Cine Peñón, diez años atrás, lo hacía diariamente, y cuando estaba en casa se la pasaba, rosario en mano, rezando en voz baja e invocando a las ánimas del purgatorio a quienes les pedía la salvación de los pecadores. Hijos y esposo estaban hartos. De hecho, parte de esta saturación, ninguno de ellos se había parado en la parroquia durante años, ni siquiera en semana santa o Navidad. Mientras sus hijos (tres varones y una mujer) fueron niños manejables, Minerva los obligaba a asistir al templo. En aquellos tiempos, Cruz la

acompañaba, pero en cuanto llegaron a la mayoría de edad, tanto los hijos como el marido se negaron a ir. Al principio, Minerva se disgustaba, pero con el tiempo se sintió más a gusto sin compañía. Incluso un día que se desató una fuerte tormenta matutina Pepe la quiso acompañar, pero ella montó en cólera de manera desproporcionada. A partir de ese día, su marido jamás volvió a insistir en el tema.

La sensación de alivio que comenzaba a invadir a Pepe ese día a las afueras del nosocomio no sólo tenía como causas el rencor o la gazmoñería. La emancipación cada vez más cercana tenía que ver también con Luisa, su amante desde hacía tres años. A menudo sentía remordimientos por haber iniciado esa relación, sin embargo, no estaba en sus planes terminarla. Con Luisa,



Vicente Rojo

una zacatecana 15 años menor que él y cuerpo aún portentoso, se sentía rejuvenecido. Siempre tan diferente a Minerva en su vestimenta y arreglo personal, siempre tan dispuesta a la variedad de juegos eróticos. Era su luz, lo que lo motivaba a vivir. Mientras Minerva sólo aceptaba tener sexo esporádico, con las luces apagadas y en la posición del misionero, a Luisa el Kama-Sutra le quedaba corto. Mientras a Luisa, le encantaban los mañaneros, Minerva se levantaba diariamente a las 5 de la madrugada cuando su marido aún dormía. Para ella era inconcebible perderse la misa de seis del padre Paco, a quien entre jaculatorias y referencias evangélicas se la pasaba, por cierto, mencionando gran parte del día. Luisa, por su parte, ni siquiera creía en Dios.

Pepe estaba convencido de que tan pronto Minerva muriera podría ver a Luisa sin esconderse de nadie, pero también sin engañar a ninguna persona, sin remordimientos de alguna clase. Sus hijos, estaba seguro, lo entenderían. De todos modos, él hablaría con ellos, les explicaría sus razones. Se trataba de chicos inteligentes. Sin embargo, al mismo tiempo sentía rubor. No únicamente le avergonzaba el bienestar que sentía al pensar en el deceso de su esposa, también era motivo de pena la actitud tan pusilánime que había adoptado en su relación con ésta. Pese al odio que a veces sentía, a lo asfixiante de su matrimonio, nunca se atrevió a separarse, mucho menos a pedirle el divorcio. Lástima, cobardía, le impidieron dar el paso definitivo. Tenía 50 años y lamentaba el tiempo tirado al drenaje. Si hubiera actuado con valor ahora no tendría porqué sentirse un miserable que se alegra de la muerte de la madre de sus hijos.

Empleado de una empresa distribuidora de tequilas y aguardientes, a menudo Pepe tenía que visitar a los productores. Jalisco, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas eran sus principales destinos. Fue precisamente en Tlaltenango, un poblado zacatecano colindante con

Aguascalientes, donde conoció a Luisa. El dueño de la distribuidora se encontraba interesado en distribuir el huitzila, un agave regional, por gran parte de la República y envió a Pepe a ultimar los detalles. Tlaltenango era el clásico pueblo zacatecano, polvoso, donde más de la mitad de la población masculina había emigrado, principalmente a Estados Unidos. Poblado semifantasma, en Tlaltenango los negocios más boyantes tenían que ver con las casas de cambio, las agencias de viaje (con ofertas permanentes de vuelos a Los Ángeles y Chicago, principalmente) y los materiales de construcción. Como producto de las cuantiosas remesas en dólares que llegaban del norte, en el pueblo se había desatado una fiebre por la edificación de casas. Casi en cada esquina era posible encontrar enormes construcciones en obra negra o gris. Se trataba, en la mayoría de los casos, de burdos caserones donde saltaba a la vista la falta de un arquitecto y sí la estética kitsch de los pobladores, que confundían grande con buen gusto. Las edificaciones, terminadas o a medio hacer, sólo eran superadas en número por la cantidad de autos chocolate que circulaban por las angostas calles del pueblo.

Otro negocio exitoso lo constituía el alcohol. En un deprimente lugar donde sobraba el dinero y escaseaban las distracciones, para muchos la mejor alternativa era emborracharse. La industria del huitzila estaba en auge, no sólo en Zacatecas, sino en toda la región. Cuando Pepe llegó una mañana de viernes, después de diez horas de viaje, a una vieja casona a buscar al principal productor de ese agave, fue Luisa quien salió a atenderlo. Su tío se encontraba en Torreón, pero había dejado instrucciones precisas para llevar a buen término el negocio con "los chilangos". Indudablemente, la sobrina conocía el negocio. Llevó a Pepe a visitar los campos de agave, la destilería y el área donde se envasaba y empaquetaba el producto. Después, para ultimar detalles, lo invitó a comer al único restaurante más o menos decen-

te de Tlaltenango. Pepe estaba impactado con el cuerpo de Luisa. Vestida con unos ajustados jeans debajo de la cadera, hacía honor al mote con el cual eran conocidas las mujeres del lugar: tlaltenalguenses. Al sentarse, el pantalón se le bajó aún más dejando ver una generosa parte de su minúscula tanga rosa. Un Pepe que cargaba con una abstinencia sexual forzada que ya duraba varias semanas sintió un fuerte pinchazo en el pene. Por si fuera poco, durante la comida Luisa se quejó con desazón de lo aburrido que era vivir en un pueblo sin hombres, de que el último novio que tuvo se había ido al norte cinco años antes. Sin embargo, Pepe, tímido, sin experiencia alguna, no se atrevió a hacer ninguna insinuación. Tenía miedo de que su anfitriona lo tomara a mal, de que se levantara y lo dejara ahí solo. Y es que en los 25 años de matrimonio nunca se había atrevido a tener una amante. Su fatal experiencia con Minerva había creado un ser sumamente inseguro, se sentía poco atractivo, incluso feo. Tuvo que ser Luisa la que sin previo aviso lo tomó de la barbilla y le plantó un largo beso que él se tardó largos segundos en asimilar y responder. Ese día, Luisa transformó la rutina en algo apasionante y lleno de interés. Ese día, Pepe comenzó de nuevo a vivir.

Desde que Luisa radicaba en la ciudad de México, seis meses después de que comenzaron su relación, Pepe la veía por lo menos dos veces por semana. Esos días llegaba a casa plétórico de alegría, entusiasmo y afectuosidad. A veces, sin embargo, sobre todo cuando no se reunía con ella, se encontraba irritable, meditabundo, melancólico. En ocasiones, los remordimientos lo atormentaban, lo cual ocasionaba que su voluble carácter se acentuara ante la extrañeza de su esposa e hijos que observaban sus cambios con inquietud. Pero lo mejor para Pepe sucedía dos sábados al mes, cuando aprovechaba que Minerva no llegaba a dormir. Eran los días idóneos para ver furtivamente a Luisa en un hotel

cercano. Él conocía perfectamente la rutina de su mujer. Ésta, tenía que hacer guardia en la iglesia los sábados primero y tercero de mes, pues era integrante de las adoradoras nocturnas de la vela perpetua. Pepe estaba seguro que pasara lo que pasara, su esposa no estaría en casa antes de las 7 de la mañana, pues al terminar la adoración nocturna se quedaba a la misa de seis del padre Paco.

Por supuesto, Pepe soñaba no con verse en un hotel sino con invitar a Luisa a la casa, pero no se atrevía a hacerlo. Sentía nervios de que sus hijos lo descubrieran, de que su esposa regresara más temprano. Así que salía de su domicilio pasadas las diez de la noche, es decir media hora después de Minerva. Cuando uno de sus hijos llegaba a preguntarle a dónde iba, él acudía a la sobada coartada de "voy a echarme un trago con mis amigos". En ocasiones, sus vástagos alzaban las cejas con incredulidad, sin embargo, guardaban prudente silencio. De esta forma, durante más de dos años Pepe se convirtió también en un adorador nocturno sabatino, sin que al parecer Minerva sospechara algo, pero también sin saber, bien a bien, si sus hijos creían o no sus excusas. Sólo suspendió sus escapadas cuando la enfermedad impidió a Minerva salir los sábados por la noche.

Una semana después de que Minerva falleció, Pepe llegó a la casa con Luisa. Estaba decidido a todo. Comenzaba las presentaciones cuando sus hijos, indignados, los sacaron a empujones de la vivienda y les dieron, literalmente, con la puerta en las narices. Cuando él les reclamó su proceder, sus vástagos entreabrieron la puerta y, como respuesta, aventaron una maleta y bolsas de plástico con parte de su ropa y algunos otros objetos. Jamás le volvieron a hablar ni a abrirle la puerta. Le quitaron la casa que él había construido con tanto esfuerzo.

Sabía que legalmente podía arrebatárselas, pero no movió un dedo en ese sentido. Después de todo eran sus hijos.

Tras pernoctar unos días en un céntrico hotel ubicado en el Eje Central, Pepe y Luisa se fueron a radicar a Guadalajara. Sin embargo, él estaba deshecho. Sus cálculos le salieron mal. Nunca esperó una respuesta de ese tipo. Pensó que sus hijos le abrirían los brazos, lo comprenderían. Finalmente, también estaban hartos de Minerva. No tomó en cuenta, sin embargo, que pese al autoritarismo y la incompreensión que mostró en vida, se trataba de su madre. Tampoco, y eso pesó más, que la memoria de su muerte estaba todavía demasiado fresca. Para sus vástagos era algo totalmente inaceptable que siete días después llegara con otra mujer. "¡Qué cinismo, carajo!", exclamó Guadalupe, la hija. Los varones agregaron lindezas y media. Cuando semanas más tarde, dos hermanos de Pepe fueron a interceder, motu proprio, por su consanguíneo, los hijos respondieron tajantes: "No lo queremos ver. ¡Qué se chinge...!"

"Dios misericordioso y lleno de gracia, recibe en tu seno a nuestra hermana y concede resignación a quienes la quisimos tanto en vida...", rezaba el padre Paco visiblemente dolorido mientras las primeras paladas de tierra caían sobre el ataúd de madera barata donde se encontraban los restos de Minerva. Al ver que el sacerdote soltaba algunas lágrimas, Cuquita, una asidua concurrente a la iglesia del barrio exclamó: "Esa mujer era una santa, padre. Siempre tan dedicada a Dios y a la virgen".

—Sí, sí que lo era. Hemos perdido a una gran mujer, dijo el cura, quien alzó la mirada al cielo, cerró los ojos y se la imaginó desnuda a cuatro patas, practicándole una de las felaciones que mañana con mañana la difunta acostumbraba hacerle con gran dedicación antes de la misa de seis. Eros y tanatos. El sacerdote no pudo evitar tener una gran erección. ■